

12 de junio. Solemnidad de la Santísima Trinidad

Prov 8, 22-31 / Sal 8 / Rom 5, 1-5 / Juan 16, 12-15

1. ¿Qué dice la Palabra de Dios?

Nos situamos en el diálogo que Jesús tiene con sus discípulos en la Última Cena. La promesa del Espíritu es el tema central y el más repetido en estos capítulos. La revelación de la intimidad de Dios, Padre, Hijo y Espíritu, está presente en estos textos.

1. Jesús se va, pero se queda. Los discípulos no entienden las palabras de Jesús: se va, pero seguirá con ellos. Lo que quiere manifestarles Jesús es su nueva presencia en la comunidad. Los discípulos interpretan la ausencia de Jesús como abandono, quedando ellos en soledad. Jesús desaparece físicamente al morir, pero quedará con ellos siempre de un modo nuevo, más profundo y más interior. Esto se realiza cuando Jesús les trasmite su mismo Espíritu, que es también el Espíritu del Padre.

2. El Espíritu, memoria viva de Jesús. El Espíritu, la presencia íntima del Padre y del Hijo en el corazón de los creyentes, es quien iluminará para entender la verdad. El Espíritu es la memoria, siempre actual, de la Palabra y de los gestos de Jesús. Si los discípulos se dejan guiar por el Espíritu, la Verdad y el Amor, sabrán interpretar el porqué de tantos sucesos, agradables o desagradables, que experimentarán en su vida.

- El Espíritu dará a los discípulos la capacidad de experimentar la Verdad y el Amor del Padre, manifestado en el Hijo.
- El Espíritu hará que los discípulos transformen su vida, pensamiento y acción, al estilo de Jesús, para que sean glorificados junto con Él.
- El Espíritu es el maestro interior de la Verdad y del Amor. Nadie puede considerarse poseedor de la verdad absoluta. Esto sería atentar con la Verdad plena, propia del Espíritu.

3. Creer en la Trinidad es creer en el Amor. La Trinidad es el misterio íntimo del mismo Dios. El Padre conoce y se relaciona con el Hijo. Y así engendran al Espíritu, que es la expresión del Amor entre las tres personas divinas. Ese mismo Amor intra-trinitario ha sido trasplantado a nosotros: Dios ha derramado su amor en nuestros corazones (Rom 5, 5; segunda lectura de hoy). Nuestro Dios no es alguien lejano a nuestra condición humana. Se metió dentro de nosotros. "Es más íntimo que nuestra propia intimidad" (San Agustín). Al celebrar la solemnidad de la Trinidad, afirmamos que el ser de Dios es el Amor. Y celebramos la Trinidad cuando descubrimos con gozo que la fuente de nuestra vida es un Dios-Comunidad.

2. ¿Qué nos dice la Palabra de Dios?

- No es fácil entender la vida como un brote constante y exuberante del Amor de Dios, que nos debería llevar al gozo, al optimismo y a la esperanza.
- Frente a nuestra historia de sufrimientos y contradicciones, ¿está en nuestro interior la historia de la Trinidad, que es un constante fluir de Amor, que nos da la verdadera vida?
- ¿He aprendido a llamar Padre-Hijo-Espíritu a esa Fuente inagotable de bondad y de felicidad?
- ¿Entiendo que mi capacidad de comunión con los otros en relación con la espléndida donación de comunión que la Trinidad me regala?

3. ¿Qué le respondemos al Señor?

Dios, que eres Padre, te doy las gracias porque eres la fuente de todo Amor. Tú no puedes dar sino Amor, que perdona, acoge y trasmite vida plena. Haz que siempre confíe en tu Amor en todos los momentos de mi existencia, sobre todo en los más difíciles.

Dios, que eres Hijo, te doy gracias porque en Ti soy hijo del Dios-Amor. Gracias porque Tú entraste en mi historia. Tú me enseñas con tu Palabra y entrega a sintonizar con el plan y voluntad del Padre. Tú me enseñas a considerar hermanos a todos. Haz que siempre mi conducta sea agradable a Ti y al Padre de todos.

Dios, que eres Espíritu, Tú me abres los ojos para ver la historia desde la Trinidad. Recuérdame siempre la Verdad de Jesús y haz que viva en el Amor de los Tres divinos.